

Este documento se inscribe en la línea de la evangelización de la cultura planteada en la Constitución Pastoral Gaudium et Spes del Concilio Vaticano II (1965). Por esa razón se refiere a los desafíos más relevantes del orden cultural que enfrenta todo creyente en nuestro país. Las reflexiones están dirigidas a provocar una reflexión y una búsqueda orgánica y personal de todo el Pueblo de Dios frente a una transformación acelerada que pone en juego valores heredados e incorpora otros nuevos, todo lo cual implica posibilidades y riesgos para la condición humana, la identidad nacional y la autoconciencia eclesial.

El Evangelio ante la crisis de la civilización

Comisión de Fe y Cultura
25 de abril de 1986

I. La inquietud espiritual del presente

1. Múltiples acontecimientos de la historia moderna, en todos los órdenes, atestiguan que la humanidad ha entrado en un período de profundas mutaciones. El Concilio Vaticano II consideró que podemos hablar de una verdadera transformación social y cultural¹. En esta transformación se ve envuelto el conjunto de la civilización. Es decir, todo el acervo cultural -pensamiento, actividades e instituciones- con que el hombre ha procurado dar una forma racional y humana a su convivencia sobre la tierra.

2. La transformación en curso es tan honda y acelerada que trae aparejada una gran inquietud espiritual. En efecto, los mismos cambios que el hombre provoca mediante su esfuerzo inteligente en pos de mejores condiciones de vida, una vez logrados se convierten en punto de partida de nuevas aspiraciones y necesidades, que cuestionan incesantemente su pensamiento y costumbres.

Esta transformación afecta no sólo a las modalidades exteriores de la conducta humana, sino a los valores fundamentales que hasta ahora dieron sentido a la existencia. y desde allí alcanza a la familia, a las leyes, a todo el tejido social, a la misma vida religiosa.

A raíz del desplazamiento de unos valores y del surgimiento de otros, y de la modificación en los modelos y en el estilo de vida que todo ello entraña, se le hace difícil al hombre realizarse armónicamente. Incluso la unidad de su conciencia se ve perturbada por la creciente desconexión entre las diversas dimensiones del vivir humano. De donde el peligro de su fragmentación espiritual o de su reducción unidimensional.

En breve, en la presente transformación cultural, el hombre entero está puesto en cuestión.

¹ Ver Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, "Gaudium et spes" n° 4.

3. El cristiano cree que Dios es el Señor de la Historia y que nada escapa a su mirada providente. Interpreta, por lo mismo, que la situación actual, preñada de interrogantes, es una oportunidad ofrecida al hombre para madurar en su sabiduría y su libertad a fin de hacer a este mundo más plenamente humano. Y está seguro que Jesucristo, *"el Salvador de todos los hombres"* (1 Tm 4, 10), se hace presente a su Iglesia para confortarla: *"Soy yo. No teman"* (Mt 14, 27); y para renovarle el mandato de evangelizar a toda la humanidad: *"Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que Yo les he mandado"* (Mt 28,18-20).

II. Identidad nacional

4. Lo mismo que en todo el mundo, también en América Latina la crisis cultural se viene sintiendo agudamente, como lo ha destacado el Episcopado latinoamericano, en Medellín y en Puebla².

Por lo que toca a nuestra Patria, esta situación de transformación ha sido señalada en varios documentos episcopales, en particular en el "Documento de San Miguel" (1969) y en "Iglesia y Comunidad Nacional" (1981). Pero está requiriendo que la comunidad eclesial realice un estudio más acabado, para asumir con renovada responsabilidad su papel evangelizador y colaborar así en una solución positiva de! problema.

5. Una de las características de esta crisis es la oposición entre lo moderno y lo originario de nuestra cultura. Se ha señalado ya que la Nación pareciera atravesada por una tensión entre diversos modelos globales de vida o proyectos culturales³. Hay quienes hablan de una dualidad en el ser nacional. De ser ello cierto, la Nación estaría desgarrada en una zona profunda de su ser y de su autoconciencia. Es, empero, evidente que sobre la disparidad de proyectos ha prevalecido la voluntad de ser una nación. La tensión sin embargo, existe. Ello debilita la cohesión nacional, con el consiguiente desánimo de los argentinos para asumir con decisión y sacrificio las grandes metas del bien común. Y, a la vez, crea un clima propicio para que se introduzcan propuestas culturales extrañas a la idiosincrasia de nuestro pueblo, que tienden a banalizar la vida nacional e, incluso, vaciarla de sus valores.

6. No es intención de este documento llevar a fondo el examen de estas tensiones, sino apenas esbozarlo y alentar a que toda la comunidad nacional lo prosiga. Es deseable que sea hecho con total amor a la verdad, sin ánimo de ahondar la conflictividad, y, menos aún, de extremarla hasta el rechazo recíproco. La búsqueda de una mayor conciencia de la identidad de la Nación ha de conducir al diálogo constructivo entre todos los ciudadanos, no a la radicalización de las posiciones. Ni la postura que persiste en querer vaciar a la comunidad nacional de sus orígenes fundacionales, ni la actitud de quienes pretenden mantenerse aferrados al pasado y no avanzar más allá. La Nación ha de crecer en su identidad, de manera que, sin perder la inspiración de las antiguas y nobles raíces que le dieron nacimiento, sea capaz de vivir con creatividad en la nueva época de la historia.

Aplicando a la situación de nuestro país palabras de Pablo VI referidas a América Latina,

² Ver *Documento de Medellín*, "La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio", Introducción; *Documento de Puebla*, "La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina", nros. 408-443; ver también n° 15-71.

³ Ver "Iglesia y Comunidad Nacional", nros. 4-37; 108-114.

podemos decir que la situación está urgiendo a nuestra generación a superar las dicotomías culturales heredadas del pasado, respondiendo con lucidez a la "vocación a aunar en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad" ⁴.

III. Autoconciencia eclesial

7. En la tarea de síntesis de universos culturales diversos, que hemos señalado, se juega un aspecto importante de la misión evangelizadora de la Iglesia en nuestra Patria. Para ello es necesario que también la Iglesia toda en la Argentina crezca en su autoconciencia histórica. A tal fin, todos los miembros del Pueblo de Dios -laicos, religiosos y clérigos- hemos de preguntarnos cómo cada uno, según el propio papel en la Iglesia y en el mundo, hemos cumplido la misión de encarnar los valores del Evangelio en la cultura de la Nación. Pues la evangelización procura "alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el diseño de salvación" ⁵

No podemos eludir cuestionarnos, en primer lugar, acerca de la coherencia entre lo predicado con nuestros labios y el testimonio de nuestras vidas. *"Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos y purificarnos de toda maldad"* (1 Jn 1, 8-8). Y, sobre todo, habremos de interrogarnos acerca de los principales desafíos que la situación actual presenta al hombre de hoy y a la misión evangelizadora de la Iglesia, con el ánimo despierto para hallar los caminos más aptos para su cumplimiento.

8. Dos acontecimientos providenciales concurren hoy para acrecentar esta autoconciencia eclesial. El primero es la celebración del V Centenario de la Evangelización de América Latina, mediante la feliz iniciativa de una Novena de Años (1984-1992). El segundo es la inminente visita del Papa Juan Pablo II a nuestra Patria.

A esta autoconciencia nos ayuda el Papa con las ideas programáticas propuestas por él para la celebración del V Centenario y que son muy aptas para asumir este momento eclesial de la Argentina: "Como latinoamericanos habréis de celebrar esa fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del Subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos es justo recordarla con una mirada hacia esos 500 años de trabajo para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en estas tierras. Mirada de gratitud hacia Dios por la vocación cristiana y católica de América Latina y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro, para ver cómo consolidar la obra iniciada. La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión" ⁶.

⁴ Homilía en la ordenación de sacerdotes para América Latina, 3 de julio de 1966. Cf. Medellín. Introducción, n° 7.

⁵ Pablo VI, Exhortación apostólica "Evangelii Nuntiandi", n° 19.

⁶ Al CELAM, en Haití, 9 de marzo de 1983, Parte III

IV. Los grandes desafíos

9. Cuatro son los grandes problemas que están exigiendo urgente y atenta reflexión del Pueblo de Dios, y también de toda la comunidad nacional. Pues en ellos se juega hoy, en buena medida, el futuro histórico de nuestra Patria. Los esbozaremos brevemente, con la esperanza de que ayuden a suscitar la reflexión y el diálogo sobre estas importantísimas cuestiones.

10. El primer problema es el de *la autonomía del hombre*, y, consecuentemente, su relación con Dios.

En los tiempos modernos se ha venido afianzando el esfuerzo, en sí mismo justo y legítimo, no incompatible con la fe y la religión, por descubrir en la creación, en cada cosa o en cada acontecimiento del universo, las leyes que el Creador ha puesto en ellos y que los rigen, otorgándoles una específica autonomía. Esto ha dado en llamarse "la secularización"; o sea, el reconocimiento de la naturaleza y legalidad peculiar de cada una de las cosas temporales. El Concilio afirmó en este sentido la legítima autonomía de la cultura y, particularmente, de las ciencias ⁷.

11. Frente a esto, ha aparecido en los últimos tiempos una corriente que se suele designar con el nombre de "secularismo". Se trata de una concepción del mundo según la cual éste último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios, el cual resulta superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El.

Estos postulados son destructores de todo valor cultural auténtico. Y de los mismos se desprenden nuevas formas de ateísmo. En primer lugar, un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto y metafísico, sino pragmático y militante.

En unión con este secularismo ateo, se nos propone todos los días bajo las formas más distintas, una civilización del consumo, el hedonismo, erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género ⁸.

El hombre se halla, por tanto, aquí frente al desafío máximo que jamás haya enfrentado, de cuya feliz solución mucho depende que pueda encontrar caminos para superar los más graves problemas en los otros órdenes.

12. Por otra parte, y paradójicamente, en este mismo mundo moderno, no se puede negar la existencia de valores inicialmente cristianos o evangélicos, al menos bajo formas de vida auténtica o de nostalgia del bien. No sería exagerado hablar de un poderoso y trágico llamamiento a ser evangelizado ⁹.

13. El segundo es el problema de *la convivencia nacional e internacional*. El hombre ha adquirido una conciencia más clara de la relatividad de los límites tanto entre clases sociales como entre naciones, lo mismo que de la comunidad de destino de todos los hombres, de la dignidad y derechos de la persona humana y de los pueblos, y, sobre todo, de la necesidad de justicia y de la integración para asegurar un futuro de paz.

Esta conciencia coincide con un dato capital de la fe cristiana, la cual enseña que todos los hombres son hijos de Dios y verdaderos hermanos entre sí.

⁷ Ver "Evangelii Nuntiandi", n° 55; también "Gaudium et spes", n° 20.

⁸ Ibídem

⁹ Ibídem.

14. Sin embargo, mientras crece la conciencia de hermandad universal, se ensancha en la práctica y de manera irritante, la brecha que separa a las clases y naciones ricas de los sectores y naciones pobres. Lo cual se verifica también en nuestro País, con sus peculiaridades. En primer lugar, en relación al exterior, a causa de la colosal deuda externa, que, de no hallarse una solución justa y equitativa, amenaza con hacerlo dependiente a perpetuidad de la economía de los países acreedores y también de sus modelos culturales. En segundo lugar, con respecto al interior de nuestra sociedad, por el notable deterioro de la justicia social, sobre todo en relación con los trabajadores, con la consecuencia de una desigualdad creciente y el peligro de encono entre las clases sociales.

15. Esta situación constituye un desafío muy serio, que toca de lleno en el núcleo de la ética cristiana, dado que Jesucristo se identificó con el humilde. La Iglesia quiere recoger el ansia de liberación integral, que surge del corazón del pueblo, en especial de los más humildes, y afirma que ellos constituyen su porción preferida y el entramado más noble y firme de nuestra Nación.

16. Muchos otros desafíos se dan en este campo, que convendrá individualizar, y que afectan a la justicia social. Por ejemplo, los diversos conflictos entre sectores sociales. Cada vez más se siente la necesidad de hallar un camino altamente político para resolver estos desafíos, rescatando lo positivo de cada posición y dando los pasos necesarios para lograr una feliz síntesis. Estos pasos han de partir siempre de la verdad y de la instauración de la justicia. Han de tender a asegurar y acrecentar la libertad de cada uno de los integrantes de la sociedad y de todo el pueblo; libertad que ha de ser ejercida como opción por los más nobles valores y en pro del bien común de toda la Nación y han de madurar, finalmente, en la manifestación de la amistad social. En términos políticos, deben encaminarse a afianzar la unidad nacional.

17. El cristiano sabe que la reconciliación en la sociedad civil no se da de la misma manera como se da entre individuos que se hayan ofendido, o como debe realizarse en el seno de la comunidad eclesial. Pero, lo mismo que todo espíritu profundamente humanista, el cristiano entiende que sólo en la reconciliación social la justicia alcanza su afianzamiento y plenitud. Y que a ello ha de contribuir con su patrimonio cultural fundado en el Evangelio.

18. El tercer problema es el de *la familia y su papel en la sociedad moderna*.

En el largo devenir histórico y, en especial, bajo la inspiración del cristianismo, la familia ha ido desarrollando las virtualidades que insertó en ella el Creador, constituyéndose como hogar de amor fiel, cuna de la vida y primera escuela donde se transmiten los grandes valores culturales.

19. Son, sin embargo, muchos y graves los desafíos que hoy se le presentan a la familia.

Está la tentación de romper la profunda unidad entre el varón y la mujer que, según el designio del Creador, surge entre ambos por la mutua donación en el matrimonio. Si bien esta tentación se insinúa ya en la primera hora de la humanidad cuando el varón acusa a su mujer, en nuestros días se ha agravado sobremanera. No se trata ya sólo de buscar indulgencia ante las fallas de dos seres en la mutua entrega, sino que se niega la índole indisoluble de su vínculo y se proclama, como derecho personal, poder deshacer la unidad del matrimonio.

20. La tentación de separar el sexo del amor matrimonial es otra de las fragilidades que ha acompañado al hombre desde siempre. La revelación judeo-cristiana ha mostrado cómo el adulterio y la fornicación desfiguran el sentido humano integral del sexo y de la relación entre el varón y la mujer. Pero hoy se los exalta como expresión de libertad personal y

hasta de madurez psicológica.

21. La tentación de separar el sexo de la vida, con su concomitante secuela del aborto, también tiene larga historia en la humanidad. Esta es una de las causales de la decadencia de las civilizaciones. Pero modernamente ha cobrado un cariz gravísimo, que denota la profundidad de la crisis cultural que atravesamos, pues se lo propugna como uno de los derechos inalienables de la mujer o de la pareja. A lo cual se suma el acicate de la propaganda realizada por grandes intereses comerciales, organizados a escala mundial para explotar el crimen del aborto y promover toda clase de métodos anticonceptivos.

22. Por fin, en nuestros días, debido a la biogenética, que tanto puede favorecer la vida y la salud, se ha hecho presente la tentación de separar la vida del matrimonio, planteando una gama de problemas éticos y biológicos que sacuden la conciencia de los más desaprensivos.

23. La Iglesia, por su larga historia, ha sido llamada "experta en humanidad". Ella es Esposa de Cristo, el cual *"la amó y se entregó a si mismo por ella"* (Ef 5, 25). Tiene, por ello, una peculiarísima experiencia del misterio de la vida y del matrimonio. Bien sabe que no todos los aspectos de este misterio son inmediatamente perceptibles por la conciencia humana, pues ésta es obnubilada muchas veces por la ignorancia o el pecado. Pero instruida por su Maestro comprende que en ellos se juega, de manera fundamental, la dignidad de la persona humana y la estabilidad de la sociedad. Por lo mismo no cesará jamás de anunciar el Evangelio de la Vida y del Amor.

24. El cuarto problema es *el del trabajo*.

A través de las edades el trabajo ha sido la expresión más inmediata y tangible del progreso cultural de los pueblos, y se ha manifestado en un sinnúmero de técnicas, ciencias y artes.

El cristiano se reconoce discípulo del *"carpintero"* (Mc 6, 3), quien nos dijo *"mi Padre trabaja siempre y Yo también trabajo"* (Jn 5, 17). Por ello interpreta que el trabajo, en todas sus formas, si bien tiene una connotación dolorosa a causa del pecado, es en sí mismo expresión del sello que el Creador imprimió en el hombre. Pues habiéndolo creado a su imagen y semejanza, lo hizo partícipe de su poder creador y de su providencia capacitándolo para el trabajo con las manos y la inteligencia. Con lo cual, a la vez que gana su pan, el hombre manifiesta a los demás su más honda comprensión y dominio de las cosas.

25. No son pocos los desafíos que se presentan en este vasto campo, que la Iglesia ha de iluminar. Entre todos se destaca el desafío del trabajo concebido como objetivo en sí mismo, desgajado de la persona humana, al cual ésta incluso habría de supeditarse. Es la concepción que proviene de la filosofía economicista, expresada en las dos vertientes contrastantes, pero profundamente hermanadas, del capitalismo y del marxismo. Ambas tienden a considerar al hombre como elemento subordinado al proceso productivo. Por lo mismo se enfrentan a problemas insolubles que ellas mismas generan. Pues si bien logran superar los problemas técnicos de la producción, están incapacitadas para encontrar los canales para una distribución justa y equitativa de los frutos del trabajo.

26. Muchas otras son las consecuencias y expresiones prácticas de este desafío. En algunos países el trabajo ha llegado a una perfección tecnológica inimaginada, de alta productividad, de fácil realización y remuneración abundante. Donde todo ello, sin embargo, no es capaz de evitar el tedio por una existencia destinada a la producción y al consumo. En cambio, en otros países, como el nuestro y los demás de América Latina, el trabajo se hace cada vez más escaso y se halla trabado en su productividad por la

tecnología anticuada, la burocracia interna y la dependencia internacional. En el caso del trabajador corriente, el salario no alcanza a satisfacer las necesidades vitales de la familia.

27. Otros desafíos surgen de las ciencias y de las artes, sea por la novedad de sus invenciones y expresiones, sea porque se las considera como absolutamente autónomas de un fundamento trascendente y absoluto. El cristiano presente en estos campos les debe una consideración muy atenta, para aportarles la luz del Evangelio que siempre purifica, asume y perfecciona las realidades humanas.

28. El núcleo de todos los desafíos que hemos esbozado es *la cuestión sobre el hombre y su cultura*. En efecto, en todos ellos subyace siempre un interrogante fundamental acerca del sentido de la vida individual y de la historia colectiva de la humanidad. Esta es la cuestión que de una u otra manera se formula cada persona cuando accede a la conciencia de sí y al ejercicio de su libertad; es la que permanece siempre como horizonte último de toda búsqueda de realización humana por parte de los individuos y de los pueblos. Puede ser reprimida o deformada, pero jamás totalmente acallada. Esta pregunta, que hoy aflora con vehemencia, encierra el gran desafío que en nuestros días urge al cristiano a reemprender el esfuerzo por una "nueva e intensa evangelización".

V. Responsabilidad de los cristianos

29. La humanidad, y con ella la Argentina, se encuentra en una hora de opciones fundamentales, que se han de tomar de acuerdo con la verdad del hombre, cuyo misterio sólo se acaba de conocer plenamente a la luz del Evangelio.

Por lo mismo, el cristiano ha de sentirse urgido a mostrar cómo la sabiduría que fluye del Evangelio es capaz de integrar todas las dimensiones culturales en una visión armoniosa del hombre, *hijo de Dios, hermano de los hombres y señor del mundo*. Y ha de desentrañar todo el potencial humanizador de la fe para colaborar así en la gestación de una vida más plenamente humana, ya en esta tierra.

30. En el contexto de las cuestiones fundamentales arriba bosquejadas, el cristiano ha de interpretar, además, todos los otros problemas circunstanciales, muchos de ellos gravísimos, que le salen al paso cada día y que lo desorientan, pues afectan a lo más hondo de su vida personal, a su familia, a la presencia de la Iglesia en la sociedad y a las mismas raíces de la cultura nacional. Por eso, los mismos análisis sociales, económicos o políticos, lo han de llevar a descubrir las incidencias que las actuales situaciones históricas tienen sobre la vida de la fe. Y, recíprocamente, cuál es la proyección que la fe cristiana puede tener en orden a cimentar y promover en este mundo una existencia digna del hombre.

31. Todo lo que hemos dicho es el esbozo de una amplia reflexión que el Pueblo de Dios necesita hacer para bien de la Iglesia y de la Patria. Para ello hará falta proseguir el esfuerzo aquí iniciado de detectar los desafíos que el actual proceso de transformación cultural plantea; e igualmente, discernir las aspiraciones que están implícitas en aquellos. Habrá que señalar también las verdades y valores evangélicos que hoy más urge proclamar.

32. Todo esto ha de comportar una búsqueda orgánica y personal de todos los miembros del Pueblo de Dios; es decir, de todos los bautizados. Orgánica, porque ha de ser hecha en comunión con toda la Iglesia y con su magisterio. Personal, pues cada bautizado, poseído por el Espíritu de Jesucristo, se ha de sentir impulsado a discernir los signos del tiempo presente y a testimoniar el Evangelio en las circunstancias que le toca vivir. *"El espíritu de*

la Verdad que proviene del Padre, él dará testimonio de mí. Y ustedes también darán testimonio" (Jn 15, 26-27).

33. Para que esta búsqueda no se quede en un puro estudio de situación y desemboque, en cambio, en acción programada de "una nueva evangelización", es preciso también que todo el Pueblo de Dios crezca en la conciencia de su común misión evangelizadora, que obliga a todos los bautizados. Dos principios evangélicos son especialmente aptos para despertar el celo misionero de los cristianos: la solicitud por la salvación de todos los hombres, sin exclusión alguna, pues *"Dios nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad"* (1 Tm 2,3-4); y el amor preferencial por el más débil, *"por el que murió Cristo"* (1 Co 8,11).

34. Para ayudar a la prosecución de toda esta tarea de reflexión, la Comisión Episcopal de Fe y Cultura, según el mandato dado por la Conferencia Episcopal Argentina, y en comunión con las demás Comisiones Episcopales, arbitrará oportunamente iniciativas conducentes a ese logro.

Encomendamos esta labor a la intercesión de los santos evangelizadores de nuestra Patria y de la Madre de Dios, la Virgen de Luján, para que Nuestro Señor Jesucristo la plenifique con la gracia del Espíritu Santo a gloria de Dios Padre.

*En Buenos Aires, 25 de abril de 1986,
Fiesta del Evangelista San Marcos*